

ISABEL Y EL ALZHEIMER

Esta es la historia de mi abuela, la Sra. Villamayor, que empezó perdiendo la memoria y acabó en silla de ruedas. Yo soy Isabel, la nieta de Pilar Enriqueta Villamayor Cortés, hija de un coronel que luchó en la segunda guerra mundial, que heredó una fortuna en bienes inmuebles. Como os iba contando, tengo 13 años y vivo en un chalet a las afueras de Burgos con mi abuela Pilar y Pedro Márquez, mi padre. Mi madre murió en un accidente cuando era una niña, pero por lo menos tengo a mi padre, a mi abuela y al Sr. Bottelle, que cuidó de mi abuela durante mucho tiempo.

Cuando tenía apenas diez años, mi padre dejó su empleo para cuidar de mi abuela, ya que el Sr. Bottelle llevaba 17 años cuidándola, porque era su mayordomo francés. Después de tres años, he decidido por mi cuenta y en contra de mi padre que cuidaré a la abuela. Mi padre tiene 54 años y está un poco mayor, por eso ahora lo hago yo. También tengo a Yoki, mi gata atigrada, que por las mañanas sale a destrozar el jardín.





Mi abuela fue una mujer viajera, aventurera y dispuesta a todo. Me contaba historias de mundos lejanos y casi inexistentes. Ahora ya no se acuerda de lo que hizo ayer o hace una semana, ni siquiera quién soy yo o porque estoy allí. La abuela empezó con una simple anécdota que me quería contar sobre el abuelo, pero no sabía por dónde empezar. Al día siguiente sacó un álbum de fotos de la estantería, y en una foto no se reconocía a ella ni a las demás personas que había a su alrededor. A partir de ese momento me di cuenta de que había que tomar medidas, o la abuela se descarrilaría como un tren. Como siempre hay que hacerlo por tu cuenta, (los adultos nunca te dejan hacer nada tú solo) y en este punto de la historia es donde empieza todo.

Es evidente que tus abuelas te dan la propina cuando te ven, te hacen regalos, siempre te tiran de la mejilla... Pues mi abuela nunca hizo eso.

Ayer le puse su película favorita: "Un americano en París", y nunca imaginé que dijera esto pero, me preguntó que cuál era esta "peli". No me lo podía creer. ¡Ni siquiera reconocía al protagonista! Fue la mayor decepción que me llevé en toda mi vida.

La llevamos al médico, y, cuando nos dieron el diagnóstico, me di cuenta de que papá y yo teníamos un gran problema: mi abuela tenía Alzheimer. A mi padre de casi le da algo y a mí también. No sabía como íbamos a decírselo a la abuela, pero la cosa tenía muy mala pinta. De momento, la parte del cerebro afectada es pequeña, y yo estoy segura de que irá a más si no se trata con cuidado.

Llegué a casa con un dolor en el alma tremendo. No sabía que hacer para cuidar a mi abuela. No tuve más remedio que acudir a Internet. Busqué formas para que el Alzheimer no siguiera, pero aquello no funcionaba. No iba bien. La

abuela cada vez estaba peor y no recordaba quién era. No podía soportar más ver a mi abuela así. Aquello tenía que cambiar, y rápido, porque se nos acababa el tiempo. Estuve toda la noche dando vueltas, y, sin conseguir dormirme, me fui de puntillas a la habitación de la abuela Pilar. Dormía como un corderito en su cama pero había algo que no encajaba, y era su forma de ser. Me preocupé tanto por ella hasta el punto de intentar hacer un ritual antiguo para que los espíritus salvaran a mi abuela. Me obsesioné con intentar cambiarla, hacer que volviese su otra yo, y que todo volviera a ser como antes. Cuando fuimos al médico por última vez, nos dijo que la abuela necesitaba una silla de ruedas. Yo ya estaba fuera de mis casillas y salí llorando hacia el baño con el alma en las manos. La cosa ya no podía empeorar. Aquello había ido demasiado lejos, no podía contenerme más. Tenía que gritarlo, decírselo a la abuela antes de que se fuera para siempre.

Por la noche, fui a su cama y le susurré al oído: *Siempre te he querido abuela, nunca lo olvides. Te quiero mucho. Siempre lo haré.*





Después de esa horrible noche, me desperté como una perezosa y me fui al baño a lavarme la cara. Pero la sorpresa me la llevé cuando fui a levantar a la abuela. Me quedé pálida, inmóvil y tremendamente horrorizada por lo que había pasado en la habitación. La abuela se había muerto. Se nos había ido. Me dio tiempo justo para decirle cuanto la quería, pero no para decirle lo que la estaba pasando. Ya no volvería nunca. Nadie la traería de vuelta. En aquel momento me di cuenta de una cosa, *es mejor vivir la experiencia de ver morir a alguien que contar lo mal que lo pasaste.*

Tengo que añadir una cosa antes de que se acabe la historia, y es que, la abuela fue la mejor persona que conocí en toda mi vida. Y ahora si que se acaba. Ya podéis dejar de leerla. En serio, marchaos. Ya os veré algún otro día, si eso.

FIN